

# Aspecto económico de la guerra fría

Según algunas opiniones, la guerra fría, más que una preparación para la guerra caliente, tendría un objetivo de estrategia económica: Precipitar la ruina de los países capitalistas, gracias al efecto destructivo sobre sus economías del estado de constante inquietud y al dispendio que ese estado de semiguerra ocasiona.

Se fundan esas opiniones en que, si la intención de Rusia fuera verdaderamente desencadenar la guerra para destruir por las armas el capitalismo occidental, hubiera sido más racional procurar adormecer al mundo capitalista en la confianza de una paz duradera, que provocar el rearme de los pueblos enemigos, de tal modo que el día de mañana, en lugar de encontrar naciones inermes —como a raíz de la desmovilización que siguió a la victoria, cuando sus aliados creían todavía en una colaboración pacífica con el comunismo—, hallará naciones hostiles más o menos preparadas para la futura guerra. En fin, lo que tales preopinantes creen es que el momento bélico de Rusia ha pasado, y que si la guerra es desencadenada, a pesar de todo, no lo será por el propósito deliberado de la gran Potencia eslava, sino por algún incidente inevitable de la guerra fría, que constituye un riesgo constante de guerra de verdad, aun contra la voluntad de todos.

Mas es el caso que, si tales conjeturas fueran ciertas, revelarían por parte de los comunistas un error fundamental incomprensible en doctrinarios cuyas más acerbadas críticas a la economía capitalista se han basado siempre en sus íntimas contradicciones. La tesis de Marx era que no se necesitaría ninguna clase de guerra para causar la ruina del capitalismo; sería éste el que se destruiría a sí mismo.

La principal contradicción contenida en el régimen capitalista es que en él la paz y el bienestar se transforman espontáneamente en duelo y penuria, al mismo tiempo que acumula enormes reservas que le permiten resistir la adversidad. Esta es la verdadera contradicción que abarca todas las demás, y ésta es precisamente la contradicción con la que no contarían los comunistas que hicieron tales cálculos.

No es que la guerra, aun siendo fría, no cause los mayores quebrantos. Las últimas guerras lo han hecho bien patente. Nacieron fundamentalmente de un malestar latente de los pueblos que permitió arrastrarlos a la guerra haciéndoles creer que con ella destruirían injusticias que creaban

su malestar. Pero las guerras, ni aun victoriosas, pueden realizar tal milagro. La guerra no hace más que agudizar todos los problemas y añadir nuevas miserias a las existentes. El resultado de las dos guerras mundiales no permite dudar; para las naciones vencedoras han sido tanto o más dañosas que para las vencidas.

Pero también han evidenciado las inmensas energías de reserva que había en los países. Aun los que parecían más abocados al último extremo de la penuria, han realizado esfuerzos y dispendios de que no parecían capaces y que, desarrollados en la paz, hubieran llevado a sus poblaciones a un grado satisfactorio de bienestar.

Los años desde 1914 a 1918, fuera de los males directos resultantes de las hostilidades, de la destrucción de vidas y propiedades que la guerra comporta, de las penalidades de la campaña, de la interrupción en el comercio y en las artes de la paz, en cuanto a la situación económica, no son muy lamentables. Los hombres que no participaban directamente en la lucha, así como las mujeres, encontraban ocupación abundante, buenos salarios. Sin los sufrimientos resultantes de las hostilidades, no hubiera sido una mala época, aun para los beligerantes. Sobre los neutrales, que no experimentaban tales males, la guerra se reflejó como una ráfaga de aparente prosperidad. España, por ejemplo, vende bien sus productos, su industria experimenta una revivificación y ofrece ocupación abundante a los obreros, su balanza comercial se vuelve activa, lo que le permite acumular una reserva de oro jamás conocida en nuestro país.

Viene la paz y con ella la crisis de 1920. Comienza a manifestarse el paro en proporciones alarmantes, sobre todo en los países antes en armas. Se achaca a veces el fenómeno a la desmovilización, que desplazó la mano de obra ocupada antes en las vacantes dejadas por los hombres retenidos en las trincheras. Lo que ocurrió en realidad es que se paralizaron las industrias de guerra y no fueron reemplazadas por industrias de paz. La crisis de postguerra parece remitir en parte, pero las cifras de paro son aterradoras, incluso en Norteamérica donde la industria conserva una relativa actividad y cree engañosamente haber descubierto, bajo la presidencia de Hoover, el secreto de una eterna prosperidad. La gran crisis de 1929, que estalla en el momento en que parece más asegurada la paz, desvanece todas las ilusiones. El paro crece en todo el mundo en proporciones inauditas; el

malestar de los pueblos aumenta; las perspectivas de paz van desvaneciéndose; los efectos del paro y de la miseria en Alemania llevan al poder a Hitler. La nueva guerra se diseña cada vez con caracteres más acusados en el futuro del Mundo.

Si examinamos las causas que han determinado la evolución de los acontecimientos en la primera postguerra, lo que descubrimos es que nuestra economía no puede sostener en la paz la demanda global suscitada por los pueblos en armas. La constante elevación de los precios durante la guerra, no obstante la cual, la demanda real iba aumentando, estimuló la producción a costes altos, y cuando vino la inversión de la coyuntura, las empresas se encontraron estrujadas entre costes elevados y precios insuficientemente remuneradores, que lanzó fuera de competencia a las empresas menos eficientes. El paro se produjo y siguió aumentando, pues la producción se encontró con costes sin la elasticidad necesaria para adaptarse a los nuevos precios. Unas paralizaciones trajeron otras, y la situación fué empeorando, hasta llegar al punto climatérico de 1932, pero la situación no mejoró francamente hasta que los temores de una nueva guerra condujeron a la política de armamentos que siguió al Tratado de Munich.

En la actual postguerra hay muchas dificultades, mas no se han producido los fenómenos críticos que fueron característicos de la postguerra de 1919. Y es que en la actual, la terminación de la guerra se ha enlazado, sin solución de continuidad, con los temores vehementes de un nuevo conflicto

mundial. Por esta razón Europa y América se han enfrascado en una política de dispendios que, si bien dilapida en pura pérdida el fruto del esfuerzo humano y de los progresos alcanzados por la Técnica, todo es preferible a que el trabajo quede paralizado, pues en ese caso ni sirve para el bien de la Humanidad ni acarrea beneficio alguno; crea, al contrario, un sufrimiento y constituye un factor de inquietud y desorden.

La guerra fría tiene, pues, al menos la virtud, lejos de preparar la destrucción del sistema capitalista, de apuntalarlo, impidiendo uno de sus efectos más perniciosos: La enorme extensión del paro que suelen traer los períodos de paz estable.

Todo esto, si por una parte es tranquilizador, porque desvanece las posibles ilusiones comunistas de que la guerra fría conduzca al mundo occidental a una catástrofe por el camino de su ruina económica, por otra parte, es inquietante en cuanto revela profundas contradicciones y defectos en nuestro régimen económico, que debemos examinar desapasionadamente, en busca de sus causas y de sus remedios. Porque lo que importa no es aferrarse a éste u otro sistema, a ésta o la otra institución; lo que necesitamos defender es nuestra propia civilización y nuestro concepto fundamental de la vida, que está muy por encima de todo lo demás, y que tiene su mayor peligro, no en las asechanzas del enemigo, sino en las propias imperfecciones de nuestra economía.

GERMAN BERNACER